La cosmovisión de los pueblos indígenas

GUADALUPE VARGAS MONTERO

Incienso en Zozocolco.

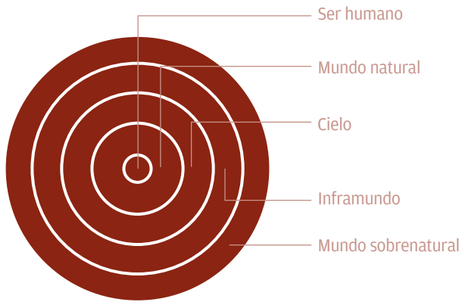
GUADALUPE VARGAS MONTERO
Doctora en historia contemporánea por la Universidad del País Vasco, España. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, nivel I. Investigadora de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales y profesora de la Facultad de Historia, de la maestría en ciencias sociales y del doctorado en historia y estudios regionales de la Universidad Veracruzana. Autora de diversas publicaciones nacionales e internacionales relacionadas con migraciones intrarrurales indígenas, procesos identitarios, cosmovisión y representaciones religiosas tradicionales y neorreligiosas.

INTRODUCCIÓN

BOSQUEJARÉ AQUÍ EL MARAVILLOSO Y SINUOSO mundo de los sistemas de creencias, mitos y ritos de ciertas regiones del estado de Veracruz. Sistemas que se han elaborado, lentamente, a lo largo de más de tres mil años. Fecha sumamente lejana que, sin embargo, no lo es en absoluto si consideramos que en ese tiempo los olmecas florecían en el sur veracruzano; cultura, refinada y creativa que tuvo gran influencia en la concreción de las cosmologías y cosmogonías de los pueblos indoamericanos que se fueron originando en el transcurso de los siglos.

Esta forma denominada mesoamericana de concebir la vida, en donde todos los objetos naturales y los productos culturales se ordenaban en diversos planos y niveles del universo, aún se percibe inscrita en la mentalidad de los pueblos indígenas actuales. Tal circunstancia nos confronta con el fenómeno histórico de procesos de larga duración, es decir, aquellos donde a pesar del transcurso del tiempo y de las transformaciones sincréticas hay partes nucleares en los sistemas de pensamiento que persisten con mayor funcionalidad, aún cuando a las culturas se les adicionen nuevas formas y otras desaparezcan.

Para introducirnos en la complejidad de las representaciones históricas y contemporáneas de las mentalidades, consideramos a la cosmovisión como la categoría que es continente de los elementos ordenadores de la existencia humana. Sistemas simples o complejos que tuvieron su origen en las sociedades arcaicas en el amanecer de la humanidad. La cosmovisión es sucintamente la concepción que un grupo social tiene de su cosmos, es decir de su entorno natural y social inmediato. Se realiza a través de las ideaciones surgidas a partir de preguntas fundamentales como: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos después de la vida? ¿Qué es y quién creó todo lo que nos rodea? Así, las sociedades han ido creando, poco a poco en el transcurso de milenios, elaboradas explicaciones que a la vez han servido para normar su vida cotidiana.



De la disposición de respuestas surgió la cosmovisión como representación estructurada que los pueblos tradicionales tienen y combinan de manera coherente en nociones sobre el medio ambiente, sobre su hábitat y sobre el universo en que sitúan la vida del hombre. Entendemos que la fuerza e importancia de la tradición o tradiciones que se mantienen en los pueblos radica en su propia definición, en tanto es el acervo intelectual que se crea, comparte, transmite, reelabora, y en ocasiones se modifica al adherirse nuevas formas. La tradición se compone también por representaciones y estilos de acción en donde se desarrollan ideas y pautas de conductas con las cuales los miembros de una sociedad

enfrentan, individual o colectivamente, de manera mental o exteriorizada, distintas situaciones que les presenta la vida. Esta forma de percibir "la tradición" es contraria a pensarla como un conjunto cristalizado y uniforme de costumbres y expresiones sociales que, estática y pasivamente, se transmiten de generación en generación.

Si desdoblamos el contenido de "la visión del mundo" o cosmovisión podemos explorar diversas dimensiones de la percepción cultural de la naturaleza y acceder al ámbito de la religión constituida por las creencias, y a la cosmogonía misma, es decir, a las concepciones del origen del mundo y al lugar que ocupa el hombre en ese universo.

La cosmovisión se significa en la manera de ser y pensar de los individuos que pertenecen a determinado pueblo y cultura. Estas formas representativas se materializan a través de una gran cantidad de eventos que suceden en el transcurso del ciclo vital del ser humano, es decir, desde que nace, crece, hasta que muere, y de la vida social de los pueblos. La cosmovisión es un elemento fundamental en la construcción de la vida cultural de las poblaciones veracruzanas, en tanto refiere con precisión a toda la serie de complejas creencias indígenas de origen mesoamericano y europeo configuradas en las representaciones religiosas (Broda, 2001: 165; Báez, 1988: 20; Vargas, 2007).

En este sentido, el sistema de creencias se encuentra inmerso en la dinámica del quehacer cultural e histórico de los pueblos. Las representaciones colectivas, a veces plásticas, se perciben por ejemplo, a través de la escenificación de los mitos mediante los ritos, en un continuo crear y recrear. Así, las creencias, los valores, las normas, las imágenes y las fantasías vienen a ser resultado de la quintaesencia de los actores sociales.

Las imágenes no sólo son representaciones, también son un ideal social, moral, normativo. Al respecto, los emblemas, las costumbres, el atuendo, las insignias, los gestos, la ordenación de fiestas y ceremonias, la forma en que se dispone del espacio, todo ello atestigua cierto orden ideal del universo. Entonces la mentalidad asemeja un conjunto de formas particulares y colectivas, heredadas y creadas, aceptadas, incluso rechazadas, reales e ideales que impulsan a los grupos sociales a actuar y a concebir su mundo de una manera específica ante los fenómenos concretos de la realidad.

Plasmar las cosmovisiones de las sociedades rurales del estado de Veracruz nos conduce a cierta configuración cultural del espacio social de la entidad. Para ilustrar parte de su riqueza tomaremos como paradigma las cosmovisiones de los pueblos indígenas emblemáticos de la entidad. En el norte del estado los teenek o huastecos, nahuas de la Huasteca meridional o Sierra de Chicontepec, otomíes y tepehuas de la Huasteca veracruzana y totonacos. En la porción media de la entidad se asientan los nahuas de la Sierra de Zongolica, en el sur veracruzano los nahuas y los zoque-popolucas en la Sierra de Santa Marta. Mencionaremos también elementos de la cosmovisión de pueblos mestizos de Los Tuxtlas.

Cada ámbito regional y lugar se singulariza por la presencia, en muchos de ellos, de culturas indígenas y en otros por contener población mestiza que comparte características similares relacionadas con los sistemas sincréticos de creencias religiosas. No entenderíamos la cosmovisión indígena si no conocemos su mitología, que nos narra con profundo simbolismo el principio del hombre y de las cosas que le rodean.

La tradición de transmitir la cultura de manera oral, de generación en generación, ha producido que la identidad de los pueblos indígenas no perezca. Gracias a ello podemos conocer una serie de relatos que muestran el origen, una manera peculiar de concebir la vida y la muerte, lo infraterrenal y lo supraterrenal. Los mitos contienen realidades en la medida en que simbolizan todo aquello que la razón humana no puede explicar. Es importante señalar que muchos mitos son similares en distintas tradiciones culturales amerindias e incluso algunos temas abordados son análogos a tramas de la mitología universal, como el relato del gran diluvio terrestre. La riqueza mitológica veracruzana es enorme, aquí sólo se presenta una pequeñísima selección que nos orienta para conocer y comprender una parte del mundo extático de las mentalidades indígenas. Así será posible presentar mediante la mirada a cada elemento lo que cada cultura nos habla de ella misma a través de lo que sucede en su visión del mundo.

CONCEPCIÓN DEL UNIVERSO

La concepción del cosmos que comparten hasta la actualidad los pueblos indígenas del estado de Veracruz, nace del sincretismo elaborado entre la antigua tradición mesoamericana y la religión católica producto del proceso de evangelización española. El principio fundamental de la concepción del universo surge de las oposiciones entre dos partes que se

Foto 1. Geografía mística del río Filobobos.

complementan. Los numerosos pares de opuestos denotan y dan vida a este principio dual.

Entre los tepehuas, el principio dual se advierte en la composición de sus dos divinidades principales: el Sol y la Luna. Al primero se le identifica con Cristo y a la segunda con el Diablo. Además, cada uno de los astros contienen de propio e indisoluble una pareja que identifican como madre y padre y se expresa "su padre y su madre de nuestro Dios". Los padres del Sol son San José y la Virgen. Los padres de la Luna se llaman *sereno amarillo,* "el que da vueltas", es decir, el aspecto exterior que refleja la luz tenue, y *sereno rojo*, el interior de la Luna, que perturba a las mujeres. El siguiente mito narra el surgimiento primigenio de los astros cuando todo era oscuridad en la tierra.

En la percepción de la Luna considerada, en su parte roja, como demonio vinculan a éste con los asesinos, quienes "quieren comer sangre", su alimento predilecto, según su mitología. En la concepción antigua, los tepehuas no tenían un concepto evocador del diablo; se considera que se incorporó durante la evangelización. Diablo en tepehua es *tlakakikuru,* que es una adaptación de la palabra nahua *tlacatecolotl,* el mítico Hombre Búho. La dicotomía bueno/malo es un reflejo del maniqueísmo cristiano y no una concepción y distinción indígena.

En los ritos y ceremonias denominadas "costumbre", a la Luna "no se le compromete", es decir no se le pide favores.

Foto 2. El rostro de Zongolica.

Los adivinos se abstienen de representarla en imágenes recortadas en papel, tradición compartida con otomíes y nahuas de Chicontepec, porque aseguran que "no es completa, sólo está para cuidar los meses, cuando quiere puede enojar a una persona, por eso no se le compromete, cuando hay costumbre". Durante la noche, "cuando se va Dios y todo está oscuro, quedan como topiles las estrellas" para cuidar a todos los "cristianos". Los guardianes, las estrellas, disparan sus flechas para acabar con las piedras cuando ven que se están moviendo con la intención de convertirse en tigres (Williams, 1963: 192-193).

Los otomíes que viven en la Huasteca veracruzana marcan la identificación de la dualidad "arriba/abajo" para indicar la división del cosmos en dos mitades: *arriba* se encuentra el mundo de los humanos, y *abajo* el mundo de los antepasados, de los muertos. En cambio para los totonacos, el orden se establece a partir de la identificación de dos fuerzas cósmicas: lo *cálido* y *seco* ≠ lo *frío* y *húmedo*, a cado uno corresponde una deidad: el Sol gobierna la primera fuerza cósmica y San Juan la segunda. Se narra por esta razón que "de la sangre-flor del Sol nacieron los frutos aéreos que crecen al calor de sus rayos", en tanto "San Juan dio origen a los tubérculos, a todo lo que crece bajo la tierra gracias a la lluvia" (López Austin, 1994: 126). El siguiente mito totonaco narra con extrema sencillez la complejidad de simbolismos sincréticos que son sustento de su actual cosmovisión.

Por qué la Luna se hizo Luna

Cuando en el mundo no había gente, más que unos cuantos, vivían en la oscuridad. Entonces uno de ellos dijo a las mujeres: "Mañana se van a lavar porque me voy a subir al cielo, yo seré el que alumbraré el mundo, cuando me vean salir tiendan sus ropas para que se sequen". Al día siguiente, las mujeres se fueron a lavar y cuando vieron salir a aquella persona empezaron a tender sus ropas, pero aunque alumbraba no hacía calor; al contrario, hacía frío y las ropas tendidas se rociaban o mojaban más. Cuando tendían la ropa la exprimían bien y la levantaban llena de rocío. Esa persona pasó dos o tres veces dando la vuelta al mundo.

A la gente no le gustó cómo alumbraba y aquella persona bajó y pasó otra. Era un niño que se vistió de colorado, se subió al cielo y al salir, las mujeres empezaron a lavar y tender sus ropas. Algunas mujeres descuidaban las ropas tendidas y se quemaban de tanto calor. Dio la vuelta al mundo dos o tres veces y se bajó. A la gente le gustó mucho y le dijeron que se pusiera otro vestido más descolorido para que no hiciera tanto calor. Se cambió, se puso otro y entonces dijeron que la persona que había pasado primero pasara de noche y el otro de día. Entonces el primero se convirtió en Luna y el otro en Sol (Williams, 1972: 65-66).

Para los nahuas de la Sierra de Zongolica, el dualismo cosmológico se plasma a partir de su concepción bipolar *frío ≠ caliente*. Estas son dos cualidades taxonómicas que no tiene relación con la temperatura real de las cosas, cuerpos o productos. Sirve para ordenar y ubicar las cosas en este sistema. Las sustancias, esencias, materias, espíritus, denotan cualidades polarizadas que vierten sus efectos sobre los seres humanos.

El *frío = abajo* es la calidad con una mayor carga negativa asociada con la muerte. *Frío* equivale a muerte, al mundo subterráneo, y a lo no domesticado, como el monte y los animales silvestres, las cuevas, los manantiales, los caminos abandonados, los cementerios y los funerales. Todos estos lugares pueden ser peligrosos y pueden enfermar a las personas. *Abajo* se asocia a los lugares húmedos y verdes. La cualidad de frialdad se identifica con la parte femenina del universo que puede ser considerada hasta maligna; por el contrario, lo masculino se asemeja con lo cálido y vital.

Mito del nacimiento del Sol (Ichon, 1973: 63)

En ese tiempo no había Sol, había Luna solamente. Nuestros ancestros veían pasar cada día a Martín, la iguana. Un muchacho decidió, una mañana, seguir a Martín para ver a dónde iba. Le vio acostarse sobre una enorme roca y al sentirla, advirtió que estaba caliente. El pecho de la iguana tenía coloración violeta a causa del calor.

Al volver a su casa el muchacho contó su descubrimiento a su padre y éste previno a la Presidencia. Se decidió entonces partir la roca para ver que había abajo. Pero nadie lo logró. Los animales eran hombres entonces. Se llamó al gallo, al guajolote, a la perdiz Manoel, al tucán (pito real: tiene la cabeza como quemada por el sol), al pájaro carpintero, que tiene pico de fierro y copete rojo... Todos trataron. Todos fallaron. Por último fue llamado Francisco, el pájaro chiquito (*qoliciwis*), que después de hacerse rogar largamente comenzó a saltar sobre la roca una vez, dos veces... mientras cantaba: *¡Qoluciwis! ¡Qoluciwis!* (¡Vieja piedra! ¡Vieja piedra!).

A la vigésima quinta vez la roca se parte. De la grieta brota un rayo delgado como un hilo, y llega hasta el cielo. Al agrandar la grieta la gente vio que en el interior estaba como una yema de huevo, el Sol. La yema de huevo fue colocada en un plato, y fueron reunidas todas las muchachas, bien vestidas, adornadas; cada una extendía sobre sus muslos su *quechquemilt*, y en éste se les volcaba el plato: la yema de huevo caía sobre el *quechquemilt*, lo quemaba, lo atravesaba de lado a lado. Solamente en un *quechquemilt* quedó la yema del huevo sin quemarlo: era el de la huerfanita. El Presidente ordena entonces a la huerfanita que se trague la yema del huevo. Ella lo hace así, y queda encinta. Las autoridades la tomaron a su cargo. Al cabo de nueve meses ella da a luz al Sol, bajo la forma de un hombrecito que habla desde su nacimiento. El niño rechazaba el seno y se nutría de conocimientos. Recomendaba siempre a su madre que no se le acercara. Al término de seis meses, le dice: Mamá, un día te dejaré y me iré.

Al año, el niño ya caminaba. Pide una silla, pero ésta arde en cuanto él se sienta. Sube a un árbol y se sienta en una rama: la rama se calcina y las brasas caen en el suelo; las gentes las recogen y las llevan a su casa para encender la lumbre. Es él, el niño, el que ha donado el fuego. Pero su madre lo reprendía porque seguía quemando las sillas. Él, finalmente, decide partir. La luna, antes del nacimiento del Sol, ya existía. Era un hombre, Manoel, que espiaba a las mujeres en los pozos y en los lavaderos. Manoel, que era el amante de todas las muchachas, de todas las mujeres, se las llevaba al monte. Cuando Manoel supo que había nacido el Sol, se enoja; él es el que debe ser amo del mundo, y nadie más. Dice a las mujeres:

—¡Miren bien, mujeres! ¡El Sol soy yo! ¡Ese muchacho dice mentiras: él no es el dios del mundo! ¡Soy yo! ¡Vengan conmigo, mujeres! ¡Yo soy hombre, vámonos al monte! Y las mujeres lo siguen. Y así, Manoel se iba a los pozos, al arroyo para ver a las mujeres que se dirigían a lavar, y silbaba para llamar su atención.

La Luna es el hombre de todas las mujeres. El joven Sol encarga en la Presidencia que le hagan un carrito y un gran bastón de seis metros de alto.

Una bella tarde dice a su madre: ¡Vámonos ya! Mi abuela va a quedarse al pie del cielo, al este. Tú, mamá, vas a quedarte allá arriba, en medio del cielo. Mi abuelo va a quedarse en el oeste, el lugar donde voy a hundirme bajo la tierra para ir a ver a los Muertos. Todo este tiempo Manoel seguía visitando a las mujeres, sus queridas, silbándoles y diciéndoles: ¡Vengan aprisa porque me voy a ir al cielo!

Las mujeres se ocupaban de lavar su maíz. Cuando Manoel les silbaba para llevárselas al monte, diciendo que él era su dios, ellas tomaron la calabaza llena del agua con la que habían lavado el maíz y se la echaron en la cara. Es por esto que la Luna tiene ahora sobre la cara manchas como nubes.

Pero el Sol está ya en camino, se fue con su bastón y su perro. Y llega a un cruce de tres caminos. Te voy a dejar aquí —dice al perro—, si Manoel llega, le dirás: "Mi amo se fue por aquí, a la izquierda". Y yo me voy por aquí, a mano derecha. El perro se queda ahí, sentado, y cuando Manoel llega le indica el mal camino. Llegando al pie del cielo Manoel comprende su error y se vuelve corriendo. Cuando ve al perro le pregunta de nuevo hacia dónde se fue su amo, y como el animal no quiere responderle le da un puntapié: el animal se vuelve mudo. Se dice que antes los perros hablaban.

Manoel se fue otra vez corriendo pero ya era demasiado tarde: el Sol salía ya por el Oriente, todo nuevo, todo bello. Amanecía. Manoel persigue siempre al Sol sin lograr atraparlo. Se dice que cuando hay un eclipse, el Sol y la Luna disputan.

El Sol es el dios del mundo de los hombres. Se llama Francisco.

Arriba es la cualidad benéfica de naturaleza cálida, ahí se sitúa la madre tierra Tlaltikpaktli, deidad que amalgama el simbolismo de fertilidad, agrario y telúrico (Rodríguez, 2003: 235, 238).

Los nahuas de Zongolica habitan en la sierra, tierras elevadas con humedad y frío casi todo el año, sin embargo consideran que las cañadas, las tierras de plantación y las planicies de la tierra caliente (por presentar altas temperaturas) son de naturaleza fría, nociva, insalubre y hostil al ser humano.

La concepción bipolar establece dos tipos de divinidades que a su vez presentan como complemento de su propio atributo un doble legado esencial: lo masculino y lo femenino. Las deidades de lo frío, húmedo y nocturno habitan abajo del suelo, y las deidades cálidas, solares y diurnas habitan en la superficie terrestre y en el cielo. Las primeras emanan vientos o espíritus –*ehekame*– que recorren espacios clasificados como fríos, de los cuales son "dueños" y cuidadores. En la superficie seca y cálida viven los hombres. En el cielo están el Santo Sol y Jesucristo –Totahsin–, junto con los santos católicos.

El Universo o *semaanawak* de los nahuas del sur se estructura en tres planos o niveles. La tierra o Taahli se concibe habitada por los humanos, su hábitat natural inmediato, y por seres sobrenaturales. En el mundo subterráneo o Taalogan está la morada de los *encantos* y *chilobos,* es continente de abundancia y ahí está el Dueño de los animales salvajes que rige toda la vida en ese plano. La cosmovisión de los nahuas y zoques-popolucas, sus vecinos, no contempla la idea del inframundo como el lugar de residencia del alma de los muertos, ellos tienen la creencia de la religión católica del cielo y el infierno. De igual forma, no identifican al inframundo con el infierno. El tercer plano es la concepción del Taalogan acuático, que se encuentra en el mar, *lamar,* regido por el mítico Príncipe Tortuguita y habitado por los encantos del agua (sirenas, chaneques) y los animales marinos (García de León, 1969: 292).

La vida en el inframundo se desarrolla de manera semejante a la superficie terrestre pero en una dimensión espacio-temporal distinta. Ahí está el Taalogan, o Tlalokan para los nahuas de Zongolica, que es lugar numinoso descrito como un paraíso donde moran todos los animales silvestres; lugar verde y fértil donde se resguardan todas las riquezas imaginables.

Foto 3. Cascada de La Tomata.

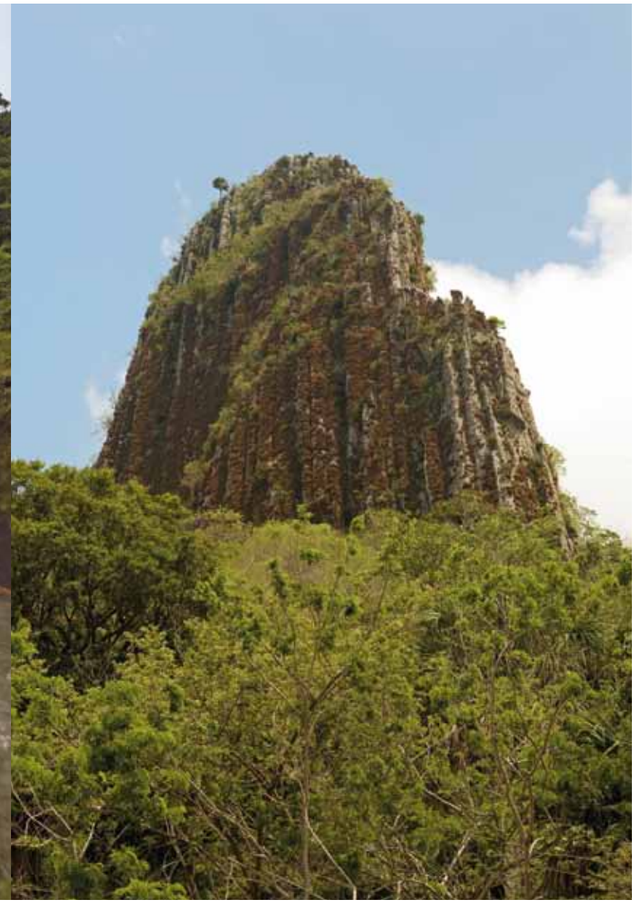


Foto 4. Cerro de los metates.

La tradición narra que este espacio sagrado se localiza abajo del territorio que comprende la serranía de Los Tuxtlas, Santa Marta y San Martín Pajapan. Abajo del San Martín, en una gran sabana pasta el ganado guiado por un toro con la cornamenta de oro. Este ganado pertenecía a San Antonio del Monte, encargado de cuidar a los animales. Relatan que vivía en Pajapan y un día se enfadó con el Dueño de los Animales, éste envió a los chaneques y con encantos le quitaron todo el ganado a San Antonio. Cuentan los pajapeños que se puede ingresar al lugar adonde está el ganado para mirarlo cuando una persona se prepara y hace *dieta* por cuarenta días, consistente en no ver el sol, no tener relaciones sexuales ni mirar a mujeres y comer alimentos cuya calidad sea "caliente", como el atol de maíz y totopoxtes (tortilla de maíz tostada en el fogón); los encargados de atender a la persona que hace el ayuno son los niños y los ancianos, por su pureza sexual.

En la superficie terrestre hay lugares llamados *encantadas* o de caza vedada, que son extensión del Taalogan, estos lugares son generalmente sitios arqueológicos como Loloma (en Tecolapa), Cerro Loro, Mirador Tilapa. Las *encantadas* pertenecen a otro plano dimensional, imperceptible para las personas. Sin embargo, emiten signos de existencia para los humanos, como por ejemplo: tañido de campanas, canto de gallos; los restos de cerámica y montículos prehispánicos son señas del mundo sobrenatural. La trasgresión a un tabú causa severas calamidades a quien lo infringe. En Minzapan narran así lo acontecido a una persona de éste pueblo (García de León, 1969:295):

> Un cazador malhirió a un venado, siguió su rastro y llegó sin darse cuenta a un sitio de éstos (*encantada)*. Le salió un hombre y le preguntó: ¿qué buscas? El cazador respondió que seguía a un venado, a lo que el individuo dijo: –"Ajá, con que tú eres el que lastima nuestros venados, ¿no?... Te llevaré con el Jefe." Le mostraron un corral con los animales malheridos y el Dueño de los Animales le dijo que lo soltarían con la condición de que aceptara dejar una prenda en la encantada. El hombre, después de una discusión, estuvo de acuerdo y enseguida los chanecos le sacaron el ojo derecho. El cazador jamás volvió a salir a cazar porque había perdido el ojo con que tomaba puntería.

Las puertas de entrada a la dimensión del Taalogan son las cuevas en las laderas del San Martín, barrancas, fuentes de agua superficial, el mar, los árboles de Ceiba. Hasta allí llegan los especialistas a realizar ritos llevando flores, copal, cerdos y pavos para invocar al Encanto.

Los nahuas, en sus relatos, omiten mencionar los nombres de Chane, Honchi y Pochot y en lugar de ellos dicen: Encanto, Huichilobos o Chilobos y Ceiba. Al parecer se debe al gran respeto y temor que les tienen, piensan de sólo mencionarlos pueden atraerlos. La Ceiba es el árbol sagrado también para los nahuas de la Huasteca y para muchos pueblos indígenas actuales. Los *chilobos*, *húnchuts* para los zoques-popolucas y *Gran Salvaje* en Los Tuxtlas, son seres o espíritus ctónicos del inframundo y viven en las cuevas. Hay machos y hembras, son gigantes y ellas poseen unos senos exageradamente grandes; sus pies los tienen hacia atrás y caminan con dificultad. Relatan que su apariencia es horrible, todos cubiertos con pelo y el de la cabeza es largo y ensortijado. Sus colmillos son enormes y su comida predilecta es la carne humana. Comentan que si se les hace reír, caen muertos; otros afirman que sólo los pueden matar con los palos *tsotsopas* que se usan en el telar de cintura. La gente afirma haberlos visto y cuentan que a una pareja de peregrinos que iban al santuario de la Virgen del Carmen en Catemaco, en un lugar que se llama El Tronconal, ladera montañosa muy pronunciada con oquedades, el *chilobos* se los comió. Y en las montañas de

Los Tuxtlas los *chilobos* se almorzaron a cincuenta personas que se encontraban recolectando miel en el monte. Sólo uno se salvó, gracias a un niño que le alertó; se fueron a traer a los "obispos", y con su ayuda armaron una estrategia para acabar con los malvados chilobos. Bañaron con miel a un anciano, lo metieron a la cueva —para atraerlos— y cuando salieron los mataron con los machetitos del telar de cintura (García de León, 1969: 297).

Los nahuas de Zongolica narran que en el Tlalokan habita una pareja de ancianos llamados Tlalokan Tata y Tlalokan Nana; ellos son los dueños de la vida vegetal, animal y humana de la superficie terrestre (Rodríguez López, 2003: 249). Es importante señalar que los nahuas del sur, zoque-popolucas y los tuxtecos comparten esta concepción del Taalogan.

A partir de los mitos y relatos, en la visión cosmogónica de los nahuas todos los animales tienen un jefe o guía *tayaganga* de su misma especie, a ellos los gobierna Chane, del cual dependen los *chaneques*. Ellos se encargan del cuidado de las aguas y los animales terrestres y acuáticos. Los animales domésticos no se consideran bajo su resguardo. Se considera que este culto puede ser reminiscencia de alguna deidad preagrícola de la caza y la pesca.

Los *chaneques* tienen familia y establecen pueblos debajo de la tierra, donde hay manantiales en los que en vez de agua brota miel, hay muchas riquezas y los animales sirven a los *chaneques*. Dicen que los armadillos son sus bancos, las culebras sus mecapales, las serpientes son tan dóciles y obedientes como si fueran perros, los lagartos sus cayucos, los coyotes son sus perros, los jabalíes sus puercos, los venados sus vacas, los tigres sus gatos y los faisanes sus gallinas.

En el inframundo los *chaneques* curan a los animales heridos por los cazadores y se encargan de castigar a los humanos que desaprovechan los productos de la cacería y la pesca o que convidan de estos alimentos a sus "amantes". Todos los días, con los primeros rayos del sol, los *chaneques* arrean a los animales silvestres a Taali, la superficie terrestre, donde viven los hombres; aprovechan su estancia para robar las *sombras* de las personas y proveerse de carne humana, su deleite predilecto. Se proveen de ofrendas de flores y copal blanco, ofrecidos por los hombres, que en el Taalogan se transforman en tesoros y alimento. Al atardecer dando silbidos hacen la misma faena para que los animales vuelvan al inframundo. La cosmovisión en Los Tuxtlas es similar pero distinguen entre *chaneques negros* y *rojos*, ambos se encargan del cuidado de la naturaleza, pero los *negros* son particularmente malos con los seres humanos.

Foto 5. Cueva Totomochapa.

En Pajapan diferencian a los *chaneques* de los *taneques*, los primeros cuidan lo que hay en Taali y los segundos se ocupan del cuidado de los cuerpos de agua (lagunas, arroyos, ríos, cascadas, la mar) y de sus animales. En Zaragoza creen en Aachane, numen del agua que vive en el Taalogan acuático, lugar que se localiza en la profundidad del "Estero Rabón" del río Coatzacoalcos.

En Catemaco, en Los Tuxtlas, cuentan que el Taalogan acuático se encuentra debajo de un cerro que está en la orilla oeste del lago. Ahí vive el Encanto, dueño del agua y de toda clase de animales acuáticos.

En la concepción de los nahuas del Sur, junto a la deidad Chane se encuentra la deidad Sintiopi o Tamakaatsin, el venerable hijo del maíz. Entre los zoque-popolucas se le conoce con el nombre de Homshuk (Delgado, 2004: 107, 110). Los nahuas de Pajapan están seguros que Sintiopi y su mujer huyeron a la población de Cosoleacaque, pero cada año pueden regresar si se les reza y se les suministran ofrendas. En la localidad de Zaragoza se cuenta que Sintiopi fue engañado por el Rayo robándole su maíz hembra.

La tradición de los nahuas del Sur y los zoque-popolucas en la actualidad es semejante, posiblemente se deba a que comparten territorios contiguos que ha favorecido su intercambio. Las diferencias que presentan son poco advertidas. Una de ellas consiste en los *mediadores* entre humanos y deidades. Entre los zoque-popolucas, los *mediadores* con Homshuk son los *hombres rayo* y las *mujeres rayo*. Entre los nahuas, los *mediadores* con Chane son los *culebreros*. Trío de especialistas del arte mágico y curativo.

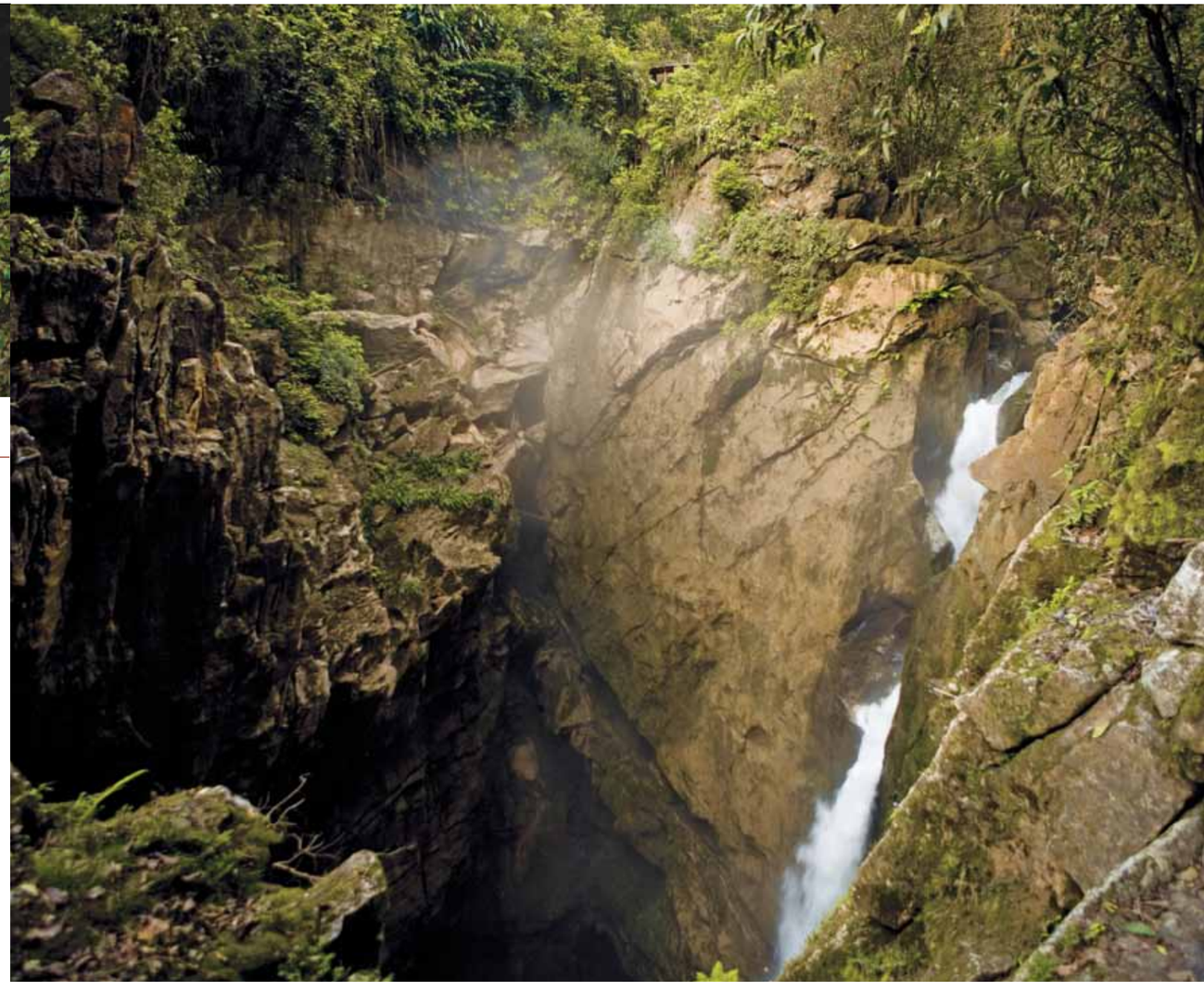


Foto 6. Cascada Popocatl.

La cosmogonía teenek de la Huasteca veracruzana se fundamenta en el principio dual complementario de *arriba* y *abajo*. *Arriba* vive la "humanidad", *abajo* se encuentra el inframundo. Los teenek utilizan el término Aatslaab para designar al conjunto, tanto masculino cuanto femenino, de espíritus y fuerzas que habitan el inframundo. Este espacio se crea cuando los *aatslaabtisk*, seres pre-humanos de los cuales se consideran descendientes, en un acto de rechazo

y temor, se hundieron de cabeza en la tierra ante la amenazante llegada primigenia del sol. Estos seres fantásticos fundacionales, se describe, tenían tres pies, ubicándose uno de ellos en medio de las otras dos piernas y no podían excretar, por tanto no comían; entonces se alimentaban aspirando los olores de los alimentos y las bebidas.

Los teenek consideran que hace mucho tiempo, antes de que llegaran los españoles, eran monos; esta idea precristiana se encuentra difundida también entre los tzotziles (de Chiapas) y se asocia con los seres del monte cercanos al hombre pero en otra dimensión cósmica. Al respecto hay un mito de los casi desaparecidos nahuahablantes de Los Tuxtlas que narra la relación entre una mujer y el zambomono de la cual hubo descendencia, similar al mito teenek de la "mujer y el mono". El mito narra que una mujer salió de su casa y vio un gran árbol de zapote y se puso a levantar las frutas, y no se dio cuenta que en el árbol había un animal. Éste la atacó y se la llevó a una cueva. Ahí la tuvo medio año y dio a luz tres veces, tuvo hijos con el mono y amamantaba a las crías. Finalmente los hombres la rescataron; estaba en la cueva en una barranca muy profunda. Los padres dicen a sus niños que no anden solos por el monte porque se los llevará el mono (Ariel de Vidas, 2003: 220).

Los *aatslaabtisk* murieron al introducir sus cabezas en la tierra, pero no desaparecieron sino que se manifiestan en forma de *baatsik",* "malos espíritus", "mal aire", "mal viento". Estos habitantes del inframundo pueden ser *aatslaab,* "viejos espíritus"; éstos son bajitos de estatura y se desplazan a ras del suelo, sus movimientos son lentos pero su maldad es mayor. Los *tsidhan aatslaab* son "jóvenes espíritus" de veloz movimiento, fáciles de identificar porque levantan remolinos de polvo. Asimismo se identifican las *baatsik",* "jóvenes niñas" vinculadas, posiblemente, al principio mesoamericano asociado a la tierra de esencia femenina.

Los *baatsik"* tienen tres pies, como sus antecesores, y caminan dando volteretas sobre sí mismos, levantan polvo y dicen que andan de cabeza. Se les puede encontrar en el monte, en los pasajes que lo atraviesan, en los cruces de caminos, en los cerros y en las hendiduras rocosas, en las milpas, en los lugares alejados de los caseríos. Las horas propicias de su aparición coinciden con el mediodía y el anochecer.

Los *baatsik"* pueden adoptar la forma de animales silvestres, como el tigre, el mapache, el tlacuache. Antes de la medianoche se les escucha pasar revoloteando el viento con sus largas y amplias faldas, pues se trata de seres de esencia femenina. Les apetece lo indeseable para los humanos, los espíritus son afectos a las inmundicias, a los escupitajos, a los olores apestosos, a la suciedad, a la comida cruda, podrida, insípida, les gustan las cabezas de gallina,

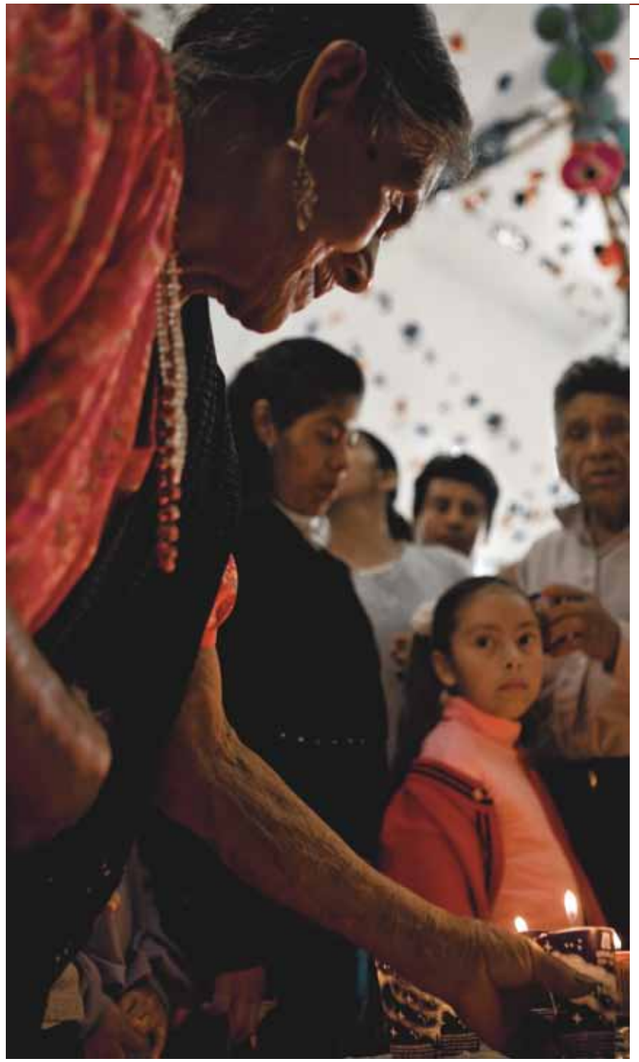
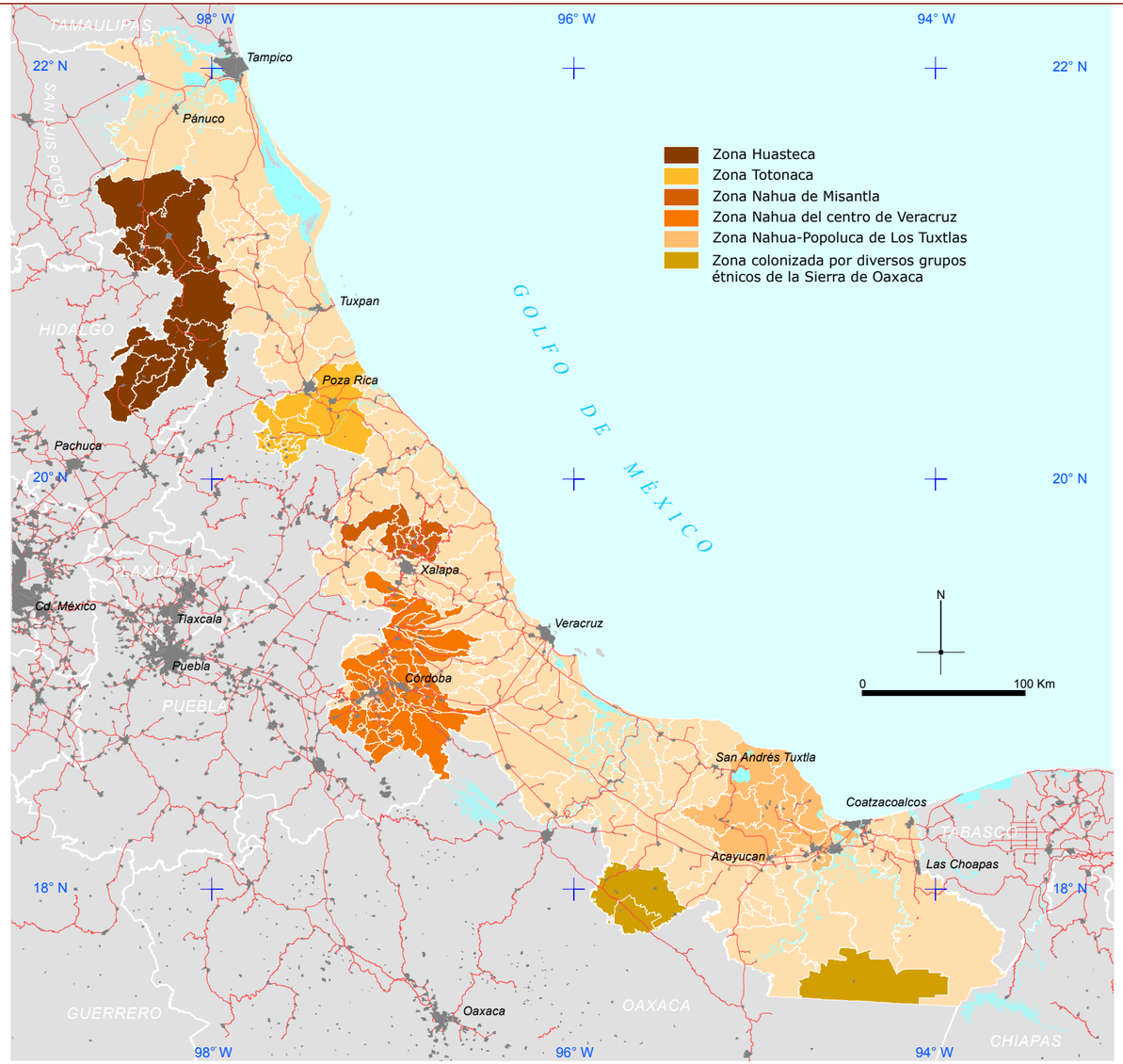


Foto 7. Curandera en el interior de la Iglesia de Coscatlan en la sierra de Zongolica.

MAPA 1. POBLACIONES INDÍGENAS DE VERACRUZ



las cáscaras de huevo, los huesos, la carroña y más que nada les encanta el aguardiente mezclado con saliva. Las personas pueden percatarse de su presencia si perciben el olor de la yuca cuando está hirviendo, o el olor que emanan las tortillas recién hechas. Su presencia se puede manifestar a través de calor sin que haya un fogón cerca. También emiten sonidos como risas de mujeres y niños, o se puede escuchar que lavan ropa en el río, las personas se acercan atraídas por los murmullos y no ven nada. El temor que se les tiene es enorme; para atreverse a caminar en el monte los campesinos toman un poco de aguardiente; en los cruces de caminos también beben algunos tragos y se riega a la tierra un poco de aguardiente para distraer a los *baatsik"* y para que tomen una dirección contraria a su camino (Ariel de Vidas, 2003: 215, 224).

Entre los nahuas de Chicontepec, en la Huasteca veracruzana, encontramos también una extraordinaria visión del mundo, sumamente compleja y fascinante, que contiene muchos elementos simbólicos que actualmente se han perdido en otros pueblos indígenas.

El universo de los nahuas de Chicontepec concibe tres planos superpuestos llamados *tlaketzalmeh,* horcones o esquinas, el de arriba es el plano celeste Ilhuicactli, el de en medio es el plano terrestre Tlaltepactli y el plano del inframundo Tlaltzintla, debajo de la tierra, o Mictlah el lugar de los muertos, también se le denomina Yoalcalco, casa de la noche. El plano terrestre se considera el principal y se le llama Semanahuactli, que significa "contenedor", en donde están todas las cosas.

Los planos cósmicos están orientados hacia los cuatro *tlanescayotl,* regiones cardinales: Inesca Tonatih es el este, donde sale el sol; su color simbólico es el rojo. Ihuetzica es el lugar donde se oculta el sol, el oeste; se le identifica con el color amarillo. Inesca Xopanatl es el norte, el lugar donde surge la lluvia y su color es el blanco. Mihcaohtli es el sur, el camino de los muertos y su color es el negro. La imagen figurativa que tienen de la composición del cosmos es de un cuadrángulo compuesto por tres planos o niveles, sujetados cada uno por cuatro horcones (como los que se utilizan para la construcción de las casas), uno en cada esquina. Cuatro soportan la superficie terrestre y cuatro la bóveda celeste. Entre la tierra y el cielo, en cada uno de los cuatro costados hay una cerca hecha de tela *tlalcueitl,* "falda de la tierra", que impide se salga el agua del mar. Otra versión complementa la anterior y narra que el universo es como una pirámide escalonada. La tierra está sostenida por los horcones que están parados sobre una *ayotl,* tortuga, o sobre el *cipactli,* monstruo de la tierra. Abajo del inframundo, separado del esquema cósmico se encuentra un ultramundo, que es otro plano llamado Tzopilotlacualco, lugar de la podredumbre o comida de zopilotes.

El cielo y el inframundo se componen de siete pisos, el primero, y de seis, el segundo. La cuenta se inicia a partir del centro que es la Tierra, hacia arriba el cielo, y hacia abajo el inframundo. Cada piso o plano cósmico contiene elementos de la naturaleza y sus divinidades. En la página 121 se explica cada uno de ellos.

Para los nahuas el espacio terrestre es el equilibrio entre el "arriba" y el "abajo", también entre el hombre y lo numinoso, entre el frío de la noche y lo cálido del día. La responsabilidad del ser humano es mantener y no quebrantar ese equilibrio, por ello es necesario cuidar su conducta y llevar a cabo elaborados rituales y ceremonias como "pedir permiso a la tierra" y hacerle ofrendas y oraciones durante el proceso agrícola.

Los nahuas y otomíes de la Huasteca representan a sus deidades en figuras de imagen humana recortadas en papel de corteza de árbol o papel industrial de colores. Las figuras ceremoniales así trabajadas por especialistas son indispensables para la realización de los rituales. Las imágenes de los planos del universo, deidades, animales y vegetales, así como del árbol mítico, son representadas en la manufactura de bordados que usan en la indumentaria indígena, en rebozos para cargar a los niños, en manteles para los altares y en las palmas para el domingo de ramos que tejen formando las imágenes cosmogónicas.

En la tierra habitan seres numinosos y malignos, entre ellos, "los guardianes" que están en las barrancas; los *chanehketl*, duendes de las aguas superficiales y en los cerros; la Apancihuatl, sirena que vive en el mar; Tepetlakatl, el Señor del Cerro que vive en las colinas; Tecohmilli es el Señor de la Milpa. Nos encontramos frente a sociedades eminentemente agrarias en donde el cultivo del maíz se sitúa en el plano central de la cosmogonía y la mitología. En este contexto es importante conocer uno de los mitos otomíes más interesantes, el cual narra cómo, a partir del nacimiento del Dios Maíz, se crea todo el orden en el universo:

Dios del Maíz

Había en el poblado una hermosa muchacha a la que nadie podía acercársele. Para lograrlo, el hombre, que era topil, se transformaba en pulga. Así, entra en la casa de la muchacha y después salta a su vestido. Ya en la noche, cuando la muchacha se acuesta, él se convierte nuevamente en hombre para la gran sorpresa de la muchacha; pero él ya estaba en su casa y ¿qué podía hacer? Durmieron juntos. La mujer quedó embarazada. El futuro padre tocaba el violín. Tocaba, tocaba y tocaba… La música empezó a molestar a los de la Presidencia. Mandaron a un topil a que trajera al hombre y le preguntaron quien le había enseñado a tocar.

—La música brota de mi corazón, respondió el hombre. ¿Así que tú quieres mandar en el mundo? ¡No te dejaremos volver a tu casa! Y después de haber tratado en vano de envenenarlo porque se negó a comer lo que le habían preparado, lo fusilaron. Lo envolvieron en una red y lo sepultaron en el cementerio.

La mujer estaba encinta. La araña del Este había comenzado a tejer el ombligo del niño. Al fin del noveno mes, el niño nació. Un diminuto muchachito que murió casi inmediatamente. Su madre fue a enterrarlo fuera del cementerio. Hizo una cerca de palo alrededor de su tumba. Cuando pasaron unos días, la mujer fue a ver la tumba y descubrió que dentro de la cerca crecía una milpa. Una magnífica milpa. No había más que una sola caña pero llena de mazorcas: trece daban al Este, doce daban al Oeste. Tiempo después la gente del poblado decidió ir a pescar y tiró hierbas en el río para envenenar a los peces. La madre se preguntaba qué era lo que ella podría comer. Piensa en la milpa que crecía sobre la tumba de su hijo y fue a cortar las mazorcas verdes (elote) para hacer *xambe* (harina de maíz verde). Corta las mazorcas y entra en su casa para preparar el *xambe*. Pero cuando quiso comerlo lo encontró tan amargo que no pudo tragarlo. Y fue a tirar los granitos en el río. Los granos de *xambe* caían en el agua y los pececitos corrían a tragarlos. En el mismo momento llega una tortuga y un grano de *xambe* cae en su carapacho. Lo tortuga volvió a su gruta con el grano sobre la espalda. Del grano de *xambe* brotó un niñito que crecía sobre la espalda de la tortuga. La tortuga lo paseaba como hace una pilmama. El niño se entretenía en rascarle la espalda, tanto y tanto que la tortuga acabó por enojarse. No me rasques, niñito, si no te voy a dejar donde estabas. ¡Si ya no quieres cargarme, tanto peor! Pero si te rasco es porque estoy tejiendo tu vestido, un bonito *quechquemitl*. Y vuelve a rascarla. Con el tiempo la tortuga siente que el niño le estorba mucho y le dice: Ya pesas mucho. Ya estás grande. Ve a buscar a tu mamá. Y lo dejó en la orilla del río. El niño salió del agua. En la orilla encuentra un machete y corta cuatro pedazos de carrizo y con ellos se puso a juntar espuma, el "sudor" del agua. En ese momento vio en el agua un caimán que le dice: —¿Qué buscas, muchacho? Voy a comerte. Bueno, vete allá adelante y abre bien la boca, voy a lanzarme como una flecha para que me tragues. El caimán abrió una boca muy grande y el niño, con su machete, le cortó la lengua. Hizo cuatro pedazos que colocó en los carrizos con la espuma del agua; después esparció la espuma sacudiendo los carrizos hacia todos lados. Inmediatamente saltó el rayo que anuncia la lluvia. Entonces el niño dijo: Lo que acabo de hacer está bien. Ahora voy a ver a mi padre donde está enterrado. El niño con los brazos en cruz, se endereza sobre la tumba de su padre. Inmediatamente su padre se levanta. El niño le dice: Ahora te voy a llevar a la casa cargando en mi espalda. Pero, sobre todo, ¡no tengas miedo! Mientras transportaba a su padre, una hoja del árbol hormiguillo cae junto a ellos; el padre, presa de pánico, salta a tierra y corre con todas sus fuerzas resoplando por los ollares: se había transformado en ciervo.

El niño le grita ¡Vete, pues! ¡Los hombres te seguirán matando como antes!

El niño se fabrica un arco y unas flechas con *sikat* (una especie de jara). Retorna al río, ve a los peces nadando y se pone a lanzarles unas flechas. El Señor del Agua aparece súbitamente, muy encolerizado. ¿Qué es lo que haces? ¡Estás matando a mis peces con tus flechazos! ¡Al contrario! Lo que estoy haciendo es "curarlos". Les enseño a desconfiar y a huir cuando vengan los hombres a tratar de pescarlos.

Eso es lo que hizo con las truchas, los cholotes, etc. Finalmente el Señor del Agua lo detiene, cuando el niño iba a tirar su flecha a los huevinos, y a los panzoncitos. Estos no se asustan, se quedan ahí, y por eso los podemos capturar fácilmente. El niño ve también un camarón y le dice: Dame tu mano, te voy a hacer una pinza. Y se la abre con su machete,

diciéndole: Ahora podrás defenderte cuando un muchacho venga a querer agarrarte. Por eso los camarones tienen tenazas.

El niño se encamina a la casa de su madre. ¿Mamá? Yo no soy tu madre, no te conozco. Hace mucho tiempo que mi hijo murió. ¿Pero ya no te acuerdas, mamá? ¿Cuándo fuiste a enterrarme, y desgranaste el *xambe* en el agua? Entonces, ¿de veras eres tú mi hijo? Baja y entremos a la casa. El niño le dice: Tú serás la abuela de todas las criaturas. Cuando las gentes quieran hacer una ceremonia, te llamarán. Irán a buscar a la curandera para rogarte. Ellos ofrecerán los chichipales, las gallinas, todo... Ahora vas a hacer un incensario. También te voy a enseñar cómo se toca la música y cómo se canta. ¡No toques! Van a matarte como mataron a tu padre. Pero el niño siguió tocando, tocando, toda la noche. La música molesta a los de la Presidencia, los Truenos. Estos enviaron a un topil a ver lo que pasaba: el topil era la gran mosca *nimawa*, la mosca de los cadáveres. ¡Buenos días, buenos días! Dice la mosca llegando. ¿Quién es el nuevo músico? No hay nadie, responde la madre. ¡Busca, pues! Es necesario que lo encuentre, dice la mosca frotándose las manos. La mosca se pone a buscar en todas partes, pero no encuentra nada: el niño se ha escondido en su flauta, y la araña había tejido su tela en la abertura para que nadie lo viera. La mosca se va desconsolada. El niño sale y de nuevo se pone a tocar su instrumento, y a cantar. ¿Cómo que no lo has encontrado? Dijeron los dioses a la mosca. Hasta acá se oye que toca. Vamos a ver. Miguel, el zopilote, fue a la casa. ¡Buenos días, buenos días! ¿Quién es el nuevo músico? El niño se había escondido de nuevo y el zopilote no encuentra nada. Y se fue.

Dijeron entonces en la Presidencia: Tú, Mateo, tú vas. El gavilán Mateo llega a la casa y dice: ¡Buenos días, buenos días! ¿Quién es el nuevo músico? No hay nadie. El gavilán busca en todas partes. No encuentra nada y vuelve a la Presidencia.

La mosca va nuevamente y busca en todos lados haciendo ¡drrin drrin!, con sus alas. Y por más que la araña había tapado el agujero del instrumento, la mosca termina por descubrir al niño y se lo lleva. En la Presidencia los Truenos preguntan al niño: ¿Eres tú el nuevo músico? Soy yo, responde el niño. Bueno, vamos a tocar un poco. Los Truenos son cuatro, el niño está solo. Comenzaron a jugar a la pelota. Los Truenos enviaron su pelota sobre el niño para matarlo; pero éste la detiene cada vez. Y tira la pelota con tal fuerza que tumba a los cuatro Truenos.

Los Truenos habían perdido la partida. ¿Qué vamos a hacer ahora? Vamos a invitarlo a comer. Le dieron una cazuela grande, llena de frijoles negros, y otra llena de tortillas. Ellos mismos tomaron sus cazuelas de frijoles y de tortillas.

El niño comienza a comer, a comer. Pero había metido en su boca a la hormiga arriera que sacaba los alimentos a medida que él los tragaba. Así consiguió tragar todo, en tanto que los Truenos no veían el fin de su porción. Ellos dijeron ¿Qué vamos a hacer? Él ganó otra vez... Vamos a calentar el baño de vapor.

Los Truenos hicieron calentar el temascal y entraron con unas ramas de exanagilia para flagelarse. Los Truenos tomaron con gran contento su baño de vapor y se flagelaron. Cuando salieron, las flores del hojeador con el que se habían azotado estaban marchitas por el calor. El niño entra, a su vez, en el temascal. Comenzando a flagelarse, invoca la ayuda del Señor del Fuego; cuando salió, las abejas quijotes vinieron haciendo: ¡rin, rin, rin!, y se posaron en las flores del hojeador, que quedaron tan frescas como antes del baño. Dijeron los Truenos nos ha vencido una vez más. ¿Y ahora qué más quieren?, pregunta el niño. Lo que nos digas que tendremos que hacer, lo haremos. Voy a darles estos carrizos. Tú, tú vas a ir allá abajo, al Este; tú allá, al Oeste; tú al Norte y tú al Sur. Cada uno con su carrizo y su pedazo de lengua de caimán y el rayo relampagueará. Ustedes gritarán, pero solamente cuando haya brotado el rayo. Entonces arrojarán la espuma del agua que son las nubes, y las nubes se convertirán en la lluvia. Yo voy a renacer cada año. Ustedes me mecerán, pero no muy fuerte, para que no me maten. Yo voy a servir a los hombres. Juan, el Torbellino, se levanta y rompe muchos árboles arrancando las ramas. Todos los hombres se reunieron. El niño dice: Lo que hice está bien hecho.

—Está muy bien, dijeron los Truenos. Antes no había nubes, no había rayos, llovía sin ruido, apenas llovía, llovía seco. Pero el niño dice al torbellino: Tú no haces más que destruir. Eso no está bien. Si haces igual cuando yo esté creciendo, tú me matarás. Yo, cada año, voy a hacerme pequeñito y luego creceré.

Es el Maíz, nuestro Maíz (Galinier, 1990: 73, 80).

NIVELES CÓSMICOS DEL CIELO

NOMBRE	CUALIDAD
1. Ehecapa	Lugar de los vientos, de *ihyotl,* el aire, de los vientos buenos y de los vientos malos.
2. Ahuechtla	Recinto del *ahuechtli,* rocío.
3. Mixtla	Donde habita *mixtli,* la nube y también *tecihuitl,* el granizo.
4. Citlapa	La casa de las *citlalimeh,* estrellas, o *citlalcuueitl,* falda de estrellas o camino de "Santiago" Apóstol.
5. Tekihuahtla	Lugar de autoridades; donde moran los guardianes superiores, los *tlamocuitlahuianeh.*
6. Teopanco	La morada de las divinidades: Ompacatotiotzih, Dios doble. Chicomexochitl, Siete Flor, y Macuilixochitl, Cinco Flor, responsables de la fertilidad humana y vegetal. Tonatih, Sol/Jesucristo. Meetztli, Luna, y Tonantzi, Nuestra Madre/ Virgen de Guadalupe. Tlacatecolotl, Hombre Búho, junto con Meetztli, Luna (su esposa), encargados de observar y en su caso castigar a los humanos. Casa de *totiotzitzih,* los santos católicos: Santa Catalina de Alejandría cuidadora de las cosechas; San Antonio de Padua, San Juan y San Isidro, patronos de la lluvia; Santiago Apóstol, dueño de los rayos y los truenos; Santa Cecilia, de la música ceremonial; Santa Rosa, vinculada al consumo ritual de la *Cannabis*, San Ramón y San Andrés de Olmo.
7. Nepancailhuicac	Límite del cielo, es como de concreto, oscuro y con escombros y cosas que las divinidades desechan. En la parte superior anidan los *huitzitzilmeh,* colibríes que alegran al Sol cuando llega al cenit.

TLALTEPACTLI O PLANO TERRESTRE

NOMBRE	CUALIDAD
Tlaltepactli	Superficie terrestre. Morada de Tlaltenana y Tlaltetata, la dualidad madre tierra y padre tierra. Lugar de los hombre, de las aguas terrestres y marinas, los vegetales y los animales, las rocas y algunas deidades

De la superficie terrestre hacia abajo existen cinco planos o pisos que forman el inframundo o Mictlah:

NIVELES DEL MICTLAH

NOMBRE	CUALIDAD
1. Tlaketzaltla	Lugar de horcones, ahí se encuentran los cuatro cargadores de la tierra.
2. Cipactla	Habita la tortuga y el monstruo de la tierra, soporte de los horcones.
3. Tlalhuitzoctla	Viven los gusanos llamados *tlahuitzocmeh*.
4. Tzitzimitla	Alberga a las *tzitzimieh,* fantasmas y a otras entidades que provocan susto.
5. Mihcapantli	Es la casa de Mikistli, el Señor de los Muertos, y de Tlacatecolotl Tlahueliloc, hombre búho enfurecido.

Foto 8. Incienso en Zozocolco.

Foto 9. Señora en la fiesta del pueblo de Jicacal.

En la geografía religiosa de los nahuas, como en la de todos los pueblos indígenas, se observan lugares considerados sagrados por estar en ellos lo numinoso, lo divino. Así algunos de ellos son los cerros como el Postectitla-Ixcacuatitla, el Xochicoatepec morada del temible Tlacatecolotl, el cerro de la Sirena; zonas arqueológicas consideradas residencia de los antepasados; la casa de los tlaloques, la casa de Santa Rosa (*Cannabis índica*), la casa del rocío y de la neblina (Báez y Gómez, 1998: 23, 31). Algunos de los cerros venerados por los otomíes huastecos son Okatitlán, que significa "manantial o caída de agua", Texcatepec "santuario abandonado", Ayotuxtla "gran loma cedro", Tzicatlán "loma del incienso". Hay otros cerros que son de veneración regional: en el municipio de Huayacocotla, los cerros de "pluma" y "flor negra", donde realizan ritos de fertilidad todas las comunidades situadas al norte del río Chiflón. En el municipio de Temapache, el cerro de Otontepec, que en náhuatl se traduce como "el cerro del otomí", y en otomí se traduce como "viejo gran cerro". En el municipio de Chicontepec, "el lugar de los siete cerros" (Galinier, 1990: 567, 568), están los Postectitla, cerros reverenciados también por los nahuas. El mito de Tlacatecolotl narra cómo se fue creando el orden del universo y de las cosas.

Tlacatecolotl en el ordenamiento del cosmos y la creación del hombre

En la antigüedad, la vida en la tierra era un caos, no había normas de conducta, abundaba la antropofagia y no existían creencias religiosas. Todos los hombres actuaban como mejor les parecía, pues ninguna divinidad les castigaba por tales acciones.

Al ver que ya nadie los respetaba ni les honraba, los dioses decidieron acabar con la antigua humanidad y construir otra con nuevos modelos de vida y conducta. Para esta acción se valieron de temblores y diluvios catastróficos que acabaron y borraron toda evidencia de los hombres desobedientes.

Una vez que la tierra estaba despoblada, se ordenó el cosmos, creándose la nueva tierra, el cielo y el inframundo. Debajo de este último, pero separado de la figura del universo, se depositaron los restos del antiguo mundo, que se convirtió en ultramundo, Tzopilotlacualco. Ompacatotiotzih, dios doble, convocó a un consejo a todas las divinidades para crear a los nuevos hombres y repartirse comisiones, que más tarde se convirtieron en los principales atributos de los dioses. El evento se llevó a cabo en el cerro de Postectitla y fue dirigido por Ompacatotiotzih, dios doble. Cada divinidad manifestó sus ideas en torno a los nuevos hombres y la manera de gobernarlos. Todos llegaron a un acuerdo y más tarde se repartieron las comisiones: Chicomexochitl (Siete Flor) y Maculli-Xochitl (Cinco Flor) se encargaron de la fertilidad agraria y humana. Tonatih (Sol) se responsabilizó de iluminar el día, pero como esta labor es muy pesada (pues se tiene que tratar con lumbre) se le pidió a Tlacatecolotl que se valiera de magia y ayudara a Tonatih; además se le propuso que observara la conducta de los hombres y castigara a los desobedientes. Tlacatecolotl aceptó el ofrecimiento y pidió a Meeztli (Luna) ayuda para sus labores. Aceptó la petición y más tarde ambos se unieron en matrimonio. Se repartieron otras comisiones: a Mikistli se le encargaron los difuntos; Atl (agua) del control y manejo del agua y de la fertilidad de la tierra; Ehecatl (viento) de los vientos benéficos; Ichcatl (algodón) del tejido y la ropa, y así fueron repartidas todas las comisiones con las demás divinidades.

En la anterior humanidad el cerro de Postectitla fue tan grande que llegaba al cielo, era la principal morada de los dioses y el eje de la unión entre el cielo, la tierra y el

inframundo. Algunos hombres perezosos se valían de esta montaña para espiar a las divinidades y robarse los comestibles de los *teocuaxcalmeh* ("almacenes divinos"), por eso los dioses al descubrir estas malas conductas, lo partieron en siete partes, quedando más grande el tronco del Postectitla. Los pedazos (cerros) de la gran montaña fueron dispuestos alrededor del Postectitla y se convirtieron en las principales moradas de las deidades. A los dioses de la fertilidad se les asignó el Postectitla, a los guardianes se les entregó el Tepenahuac, Tzoahcali se asignó al sol, Xochicoatepec a Tlacatecolotl y así fueron repartidos los otros cerros de Ayacaxtli, Xihuicomitl y Tepeicxitla (los siete cerros sagrados).

En el cerro Xochicoatepec vivió Tlacatecolotl; ahí acudía solamente de noche porque de día visitaba la casa del sol en la montaña Tzoahcali. Tlacatecolotl siempre mantuvo muy buena relación con las otras divinidades y colaboró en las decisiones, era un *tlamatihketl* (sabio), manejaba todo, se encargaba de resolver las peticiones de los hombres y sabía cuando no hacían costumbre (ritual) y ofrendas; manifestaba su inconformidad con las otras deidades y planeaba el castigo correspondiente.

Participó en la creación de la primera pareja humana que se hizo con los huesos de los antepasados, y con maíz, frijol, amaranto y chile. Los primeros humanos eran muy dedicados e inocentes. Tlacatecolotl se encargó de enseñarles los buenos modales y las reglas para defenderse cuando fueran atacados por enemigos; él fue quien inventó las peleas y la hechicería. Enseñó a los hombres a defenderse valiéndose de la magia.

Hubo una ocasión en que los dioses decidieron abandonar sus hogares en la tierra y se fueron a vivir al Teopanco (donde ahora están), porque ya nadie los respetaba. Tlacatecolotl se fue de Xochicoatepec, pero en su lugar dejó al búho, que todas las noches canta ahí y se anda paseando alrededor de la montaña.

Tlacatecolotl ya no vive en Xochicoatepec pero su *tonal* se quedó ahí, es el búho; ahora él habita por donde se oculta el Sol y lo acompaña en su recorrido hacia el inframundo, aunque en ocasiones también lo guía durante el día cuando recorre el espacio celeste, principalmente durante la temporada de sequía (abril-mayo).

A Tlacatecolotl le gusta mucho el cerro Xochicoatepec y lo visita; hay días que el búho canta toda la noche. Este aprecio que tiene a la montaña se debe a que ahí lo dio a luz Tenantzitzimitl ("vieja enojona") quien vivía al pie del cerro de Postectitla, donde hoy es Ixcacuatitla, pero iba a leñar a Xochicoatepec. Fue ahí donde se suscitó el parto, nacieron dos niños: uno morenito y otro blanco; el primero fue Tlacatecolotl y el segundo Ehecatl, a quien también llamaron Tlachpoastli (escoba) porque se dedicó a limpiar el ambiente y a quitar los vientos nefastos.

Los dos niños crecieron muy pronto, fuera de lo normal: en 7 días hablaron, en 13 días caminaron, en 18 días ya eran adolescentes, en 20 días se hicieron hombres, pues comenzaron hacer milpas para ayudar a su madre; en 21 días llenaron varias trojes de alimentos y así vivieron trabajando, hasta alcanzar los 52 días que fue cuando se pelearon y Ehecatl salió de su casa y se fue a vivir a otra parte. Tlacatecolotl odiaba a su hermano y en un año aprendió muchas recetas mágicas para fastidiarlo; hechizó a su gemelo y lo convirtió en caracol, después deshizo la acción y por medio de su sabiduría y astucia consiguió que se fuera muy lejos, hacia las aguas grandes y ahí se quedó en la mar, hacia la parte norte, por donde viene el agua.

Más tarde Tlacatecolotl se arrepintió pero ya no consiguió que regresara su hermano; a partir de entonces, siempre estaba enojado, con mal carácter. Vivió un buen tiempo al pie del Postectitla y siempre tuvo mucho alimento, ropa, joyas y cantidad de bienes materiales. Cuando veía que alguien no tenía comida le regalaba una buena porción, pero si alguien le quitaba algo sin pedírselo se vengaba y hacía cualquier maldad. Un día decidió marcharse, todos sus bienes se los dejó a su madre y a la gente humilde, no se llevó casi nada, únicamente su morral, su sahumador y su *cuacopil* (gorro cónico). Anduvo por varios pueblos y *tianguis* (mercados), ahí comerciaba y paseaba. Más tarde hizo una granja con animales feroces, tenia tigrillos, martas, serpientes y lechuzas; con estos comerciaba y hacia trueques. Logró reunir mucho dinero y un día decidió retirarse e irse muy lejos donde nadie lo viera; su dinero lo depositó en ollas, tapó las vasijas con cemento y las enterró en varias partes. Después se fue y nadie lo volvió a ver. Después de una larga temporada regresó a los alrededores de Postectitla, únicamente a visitar, pues tenía el encargo (que le dieron los dioses) de andar vigilando y castigando a los humanos (Báez y Gómez, 1998: 91, 94).

EL CUERPO HUMANO Y EL TERRITORIO

En el imaginario de los nahuas del Sur de Veracruz, el cuerpo humano se constituye por siete entidades llamadas *pulsos* o *espíritus*, de los cuales el más importante es el corazón, porque bombea la sangre a todo el cuerpo y es percibido como el *alma* en tanto proporciona calor, color y vida. Los seis *espíritus* o *pulsos* localizados en las plantas de los pies, las palmas de las manos y las axilas dependen de él para su equilibrio y bienestar (Roca, *et al.*, s/f: 11).

En el diseño corporal de los otomíes de la Huasteca, el estómago está localizado en el "centro" y se le considera soporte de la energía vital y del "alma-soplo". La energía vital humana pertenece a la misma naturaleza de la energía del cosmos, de los animales y de los vegetales. El significado de estómago se relaciona con "vivir, existir, habitar". El corazón en la imagen que tienen del cuerpo ocupa un lugar secundario, sin aparente importancia. La noción del alma se funde con soplo y su potencia es mayor en el hombre que en la mujer, en tanto se liga a la "palabra" y, en el discurso mítico, ésta es expresión masculina. De manera contraria a la concepción pluralista del alma, que se localiza en diversos puntos sensibles del cuerpo, los otomíes, con su concepción dualista, la conciben en el hombre y en su animal o nahual, es decir, el animal que nace simultáneamente al nacimiento de una persona y será su compañero hasta la muerte. El alma o soplo o sombra es una entidad distinta a la energía vital, aun cuando ambas se localicen en el estómago.

Entre el cielo y el subsuelo está la superficie terrestre y justo aquí viven los seres humanos. La importancia de las ideaciones creadas por diversos pueblos indígenas acerca del cuerpo humano, posiblemente, propiciaron tomarlo como paradigma para hacer una geografía imaginaria del universo (Galinier, 1990: 623, 626).

Los nahuas de Zongolica asemejan a la superficie terrestre, Tlaltikpaktli, con el cuerpo humano, piensan que los ríos son su sangre, las piedras son sus huesos, la tierra es su carne, algunas plantas son su pelo, otras su vestido, las flores son sus adornos como aretes y collares. Para los nahuas la tierra es su sustento, su vida, está dotada de sensibilidad y sufre el maltrato de los hombres que la lastiman, la ofenden, la perforan. Por ello en cada etapa del ciclo agrícola le dedican ofrendas de tabaco, flores, aguardiente y comida acompañados de la siguiente plegaria (Rodríguez López, 2003: 246, 247):

Tú, gran superficie terrestre, no te enojes, no te fastidies. Aunque te hayan desvestido, aunque te hayan desnudado, aunque te hayan quitado tu ropaje, aunque te hayan quemado tus huesos, aunque te hayan incendiado, aunque hayan quemado tu cuerpo; pues con este Padre cultivo, Flor siete, con esta Madre cultivo, Flor siete. Con él te cambiarán de ropaje; con él te cubrirán tu cuello.

A la madre tierra se le pide perdón en un lenguaje reverencial especial, por haberla lesionado, maculado, ofendido; también se le pide por la salud de los enfermos. El subsiguiente fragmento es una petición para curar de espanto a una persona:

Tlaltikpac de mi alma, he venido a poner la flor; siempre va primero para poner una florecita. Un traguito te he ofrecido. Acaso es mucho, sólo es una copita. Hemos venido por mi hermano que aquí se quedó, aquí quedó tirado; te pido que lo perdones, ya sufrió bastante, ya pagó. Él no vino a la tierra nomás unos días, te suplico lo dejes vivir otro poquito, perdónale. Pedimos licencia para llevarlo a su casa. Tlaltikpak de mi alma, Tlaltik Nonantzin y Tlaltik Notahtzin, Tlalokan Nana Tlalokan Tata, voy a acompañar con agüita dulce.

Los nahuas de la Huasteca consideran la imagen del cuerpo terrestre compuesto por elementos como el agua superficial, las rocas, el fuego, la masa de la tierra y los cristales de cuarzo. Los cerros representan la cabeza, los cuarzos la masa encefálica, el fuego el corazón, las rocas los huesos, la masa de la tierra la carne y el agua superficial la sangre (Báez y Gómez, 1998: 33, 35). La forma, la sustancia y el vigor del cuerpo humano son como la estructura y las fuerzas que animan el universo.

Entre los nahuas del sur de Veracruz encontramos también el uso simbólico del cuerpo. La distribución del pueblo de Pajapan se considera corresponde a la figura de un ser humano: en la traza distinguen *cabeza, ombligo* y *pies*. En el norte se encuentra un cerro (de la Sierra de Santa Marta) que su interior contiene al Encanto, ese cerro es la *cabeza* de Pajapan; en la mitad del poblado se construyó la iglesia católica albergue de los santos tutelares (que encierran el simbolismo de la síntesis sincrética), ahí está el *ombligo;* en el sur se indica el fin del asentamiento con una cruz ubicada en el

lugar que llaman el Calvario, ahí están los *pies* del cuerpo del pueblo. Los nahuas conciben que el Encanto habita *abajo*, en el inframundo, debajo de los cerros; los santos tutelares viven *arriba* en el cielo, y en el Calvario está el fin del pueblo y el principio de las tierras de cultivo. Entonces piensan que la cabeza pertenece a la ubicación del Taalogan; la *mitad-ombligo-iglesia* se identifica con la dimensión celeste, en tanto recinto de deidades y santos católicos; los *pies* simbólicamente comprenden la superficie de la tierra partida en dos espacios: el pueblo y las áreas de cultivo, el territorio del hombre (Vargas Montero, 2007: 342).

LA CONCEPCIÓN DEL TIEMPO

La concepción del tiempo es otra categoría más por explorar a grandes pinceladas, por lo complejo de cada una de las tradiciones culturales indígenas. Baste decir que la percepción del tiempo es una dualidad: el tiempo mítico, sagrado, de lo numinoso, de lo sobrenatural, y el tiempo de los hombres.

El concepto del tiempo se encuentra enlazado a la existencia de un calendario que lo divide en un número determinado de meses y días. A partir de las fuentes disponibles, las representaciones calendáricas mesoamericanas sufrieron un impacto irreversible, de tal suerte que los actuales indígenas se apegan al calendario gregoriano y en él fijan las fechas fundamentales del ciclo anual de las festividades agrícolas. Como bien se advierte, en las tradiciones agrarias el cultivo de maíz es el actor central de la serie de frecuencias que hacen posible la elaboración del calendario ritual. Uno de los mitos más interesantes del surgimiento del Dios del Maíz forma parte del repertorio narrativo de los otomíes.

Dependiendo de cada tradición y de la influencia cultural occidental que hayan asimilado, y con ello los cambios en su percepción tradicional, encontramos mayor o menor claridad entre el tiempo mítico y el tiempo de los hombres, sin embargo los ciclos del calendario agrícola son semejantes. Entre los otomíes de la Huasteca, el calendario agrícola inicia en el mes de marzo que es el final del periodo de roza. El calendario mítico-ritual da comienzo con el carnaval, acto de "apertura" del momento en que el tiempo se asienta en el punto de coincidencia del "viejo" tiempo, regido por el "ancestro mítico", y el "joven" tiempo, nacido de la tierra madre.

El tiempo y las circunstancias estructurales en que viven los indígenas del estado de Veracruz han propiciado, en la actualidad, cambios sustantivos en la forma de percibir su mundo. El acceso a la educación y a los medios masivos de comunicación, la necesidad de emigrar a tierras lejanas y entrar en contacto directo con otras culturas y formas diferentes de vivir la vida, la penetración de nuevos procesos de adoctrinamiento de religiones diferentes a la católica, ha enriquecido, cambiado o sepultado entre los jóvenes las formas de creencia antiguas. Sin embargo, de ninguna forma se afirma su desaparición. Lo que se percibe es un abanico mayor de propuestas cosmogónicas, muchas de ellas relacionadas con las nuevas tendencias de los cultos producto de la globalización que ya han penetrado, lentamente y a baja escala, en algunas de las regiones indígenas del estado. Situación interesante por los nuevos procesos sincréticos que ya se están elaborando.

Foto 10. Curandero en el interior de la Iglesia de Coscatlan.